



Discurso inaugural de Carlos Lopes, economista:

Carta abierta a los periodistas, editores y medios de comunicación: el precio del estereotipo

Señoras y señores,

Gracias por esta invitación. Es un honor inaugurar un encuentro que coloca en el centro algo tan decisivo como la manera en que contamos África. Porque los estereotipos no son simples errores ni clichés inofensivos: funcionan como filtros que condicionan percepciones, decisiones y destinos. La narrativa que se construye sobre un continente de 1.400 millones de personas no es un ejercicio académico; es un acto que tiene consecuencias económicas, políticas, simbólicas y hasta emocionales. Hoy quisiera invitarles a mirar África desde la evidencia, pero también desde la curiosidad: una curiosidad crítica

que se atreva a cuestionar inercias, a ampliar el encuadre y a reconocer tanto los desafíos como

las transformaciones profundas que están en marcha.

Cuando África entra en la conversación mediática global, suele aparecer dentro de un guion repetido. Y lo más sorprendente es la longevidad de ese

guion. Década tras década, el continente parece convocado para las mismas historias: crisis, conflicto, fragilidad, epidemia, corrupción, dependencia. Es como si, a pesar de los cambios profundos y acelerados del continente, la narrativa dominante se hubiera quedado rezagada, atrapada en imágenes de épocas anteriores. África aparece, así como un actor extraordinario, con una capacidad inmensa para interpretar nuevos papeles, obligado sin embargo a encarnar siempre el mismo personaje. La historia cambia, pero el papel asignado no.



Los estereotipos funcionan precisamente así: recortan la realidad. Cortan los bordes, eliminan matices, simplifican complejidades. Y lo que se

recorta inevitablemente se pierde. Pero además de pérdida, hay un costo real: lo que se repite sobre África influye en cómo se deciden inversiones, cómo se negocian acuerdos, cómo se diseñan políticas públicas, cómo se percibe el riesgo, cómo se dirige la cooperación internacional. Los estereotipos no se quedan en la superficie; penetran en los sistemas de decisión. Por eso lo que está en juego es tan importante.

El costo económico de estos estereotipos es uno de los más fáciles de medir. La brecha entre percepción y realidad africana está bien documentada en los mercados financieros. Varios países africanos, aun manteniendo niveles de deuda, inflación o estabilidad fiscal comparables a los de otras regiones emergentes, pagan entre 300 y 600 puntos básicos adicionales al emitir deuda. Esta diferencia no surge de un análisis objetivo de fundamentos macroeconómicos: surge de percepciones instaladas. Surge de la narrativa. El resultado es un sobrecosto anual que se sitúa entre 70.000 y 120.000 millones de dólares. Esta cifra es superior a toda la ayuda oficial al desarrollo que recibe el continente en un año. Es dinero que no se invierte en salud, educación, energía, infraestructura, innovación tecnológica o adaptación climática. Es un impuesto narrativo: una penalización por una imagen distorsionada.

Pero mientras esa percepción se mantiene congelada, la realidad africana se mueve, y se mueve con rapidez. África no es un continente detenido; es un continente en transición, donde se ensayan modelos urbanos, energéticos,

demográficos y digitales que están definiendo el futuro global. Cuando uno analiza los datos con atención, surge una imagen diferente, mucho más dinámica y compleja de lo que la narrativa dominante sugiere.

Hoy, seis de las diez economías con mayor crecimiento proyectado para 2025-2026 están en África. Este dato no suele aparecer en titulares, pero explica mucho de lo que está ocurriendo. La urbanización avanza a un ritmo acelerado, pero de una manera distinta a lo que ocurrió en otras regiones: no mediante megaciudades fuera de control, sino mediante redes policéntricas de ciudades intermedias, que absorben más del 75 por ciento del crecimiento urbano del continente. Este patrón tiene implicaciones profundas para la economía regional, para la creación de empleo, para la distribución territorial, para la cohesión social.

En el terreno energético, África está protagonizando una revolución silenciosa. Más de 30 millones de hogares utilizan hoy sistemas solares domésticos para acceder a electricidad. Esta electrificación descentralizada representa una innovación mayor en un momento en que el mundo busca modelos que combinen eficiencia, sostenibilidad y adaptabilidad. La ausencia de grandes infraestructuras fósiles heredadas, lejos de ser un obstáculo, se ha convertido en una oportunidad para experimentar con soluciones limpias, locales y escalables.

En el ámbito digital, África es también un espacio adelantado. En África Oriental, más del 70 por ciento de los adultos

utiliza dinero móvil. Esta cifra supera no solo la de Europa, sino la de casi toda América Latina. La región es líder mundial en adopción de fintech. Lagos, Nairobi, Kigali y Ciudad del Cabo concentran ecosistemas emprendedores con tasas de crecimiento de dos dígitos. El valor del sector digital podría alcanzar los 180.000 millones de dólares en 2030. Y este dinamismo no se limita a las capitales: se extiende a ciudades intermedias, a zonas rurales conectadas por telefonía móvil, a redes de jóvenes innovadores que desarrollan soluciones locales para problemas globales.

Si examinamos la tendencia demográfica, encontramos otra pieza clave. Una de cada cuatro personas será africana en 2050. La fuerza laboral del continente será la mayor del mundo hacia 2070. Esto no es solo una cifra: es un cambio estructural de enorme magnitud. África será el espacio donde se jugará una parte decisiva del futuro económico global. Mientras otras regiones envejecen, el continente multiplica su población joven: una generación más educada, más urbana y más conectada que cualquier otra previa.

A pesar de estos cambios profundos, la narrativa dominante sigue utilizando lentes heredadas. Se interpreta África como un rezago cuando, en realidad, en muchas dimensiones es un anticipo. Es un continente donde las tensiones del cambio climático se manifiestan primero, donde los modelos de energía limpia se ensayan de forma acelerada, donde la urbanización descentralizada está configurando nuevas formas de

organización económica, donde la digitalización está redefiniendo servicios financieros, sanitarios y educativos. Es un laboratorio involuntario del mundo que viene, pero eso no suele formar parte del relato mediático dominante.

Y aquí llegamos al costo más difícil de medir: el costo simbólico. Los estereotipos no solo afectan la economía y la política; afectan la forma en que los africanos se ven a sí mismos. La narrativa dominante, repetida durante décadas, sugiere que el éxito está fuera, que el continente es un lugar condenado a estar detrás, que el futuro se construye en otra parte. Esa narrativa penetra en las aspiraciones. Produce un fenómeno que suelo describir como migración de la imaginación. Millones de jóvenes africanos —la generación más educada y conectada de la historia del continente— crecen escuchando un relato que reduce su horizonte. Esa reducción de expectativas es una pérdida inmensa de capital humano.

Este efecto simbólico se observa claramente en el trabajo que realizo con Africa No Filter. Presido el comité que supervisa su estudio anual sobre la cobertura mediática internacional del continente. Analizamos miles de piezas en más de treinta medios globales de referencia. Los resultados son consistentes año tras año: más del 60 por ciento de las historias sobre África se centra en crisis. Solo un 12 por ciento aborda innovación, cultura, ciencia o transformación económica. Apenas un 4 por ciento examina políticas públicas africanas de mediano o largo plazo. Y menos del 1 por ciento integra voces

africanas como marcos analíticos principales. Estos datos no describen al continente; describen el encuadre, el ángulo, la selección. Es decir, describen la ventana. Y cuando la ventana es estrecha, el paisaje parece más pequeño de lo que es.

Esto se relaciona con otra iniciativa que acompaño como mentor: la campaña Correct the Map. Parte de un hecho simple pero revelador: los mapas escolares reducen visualmente el tamaño de África. La proyección cartográfica más utilizada en el mundo minimiza el continente y, al hacerlo, minimiza inconscientemente su importancia. Cuando mostramos a estudiantes de diferentes regiones que África es más grande que China, India, Estados Unidos y Europa Occidental combinados, el efecto es inmediato: sorpresa, incredulidad, y luego una corrección de perspectiva. Lo que hace Correct the Map es más que corregir mapas: corrige percepciones. Y demuestra algo importante: los estereotipos no son solo lo que pensamos; son la forma en que vemos. Cambiar la forma en que vemos cambia la escala mental de las posibilidades.

Aquí es donde ustedes, periodistas, entran en escena. El periodismo tiene un poder inmenso porque decide el encuadre. No elige solo qué contar, sino desde dónde contarlo. Y en esa elección se juega una parte fundamental de la narrativa global sobre África. El periodismo que solo narra crisis convierte lo excepcional en norma. El que no contextualiza reduce la complejidad a un cliché. El que no revisa sus propios reflejos termina

perpetuando imágenes obsoletas que ya no corresponden al continente que está emergiendo.

Pero el periodismo también puede abrir ventanas. Puede ampliar la conversación. Puede incluir voces africanas como intérpretes de su propia realidad. Puede conectar datos, hechos y matices que no suelen aparecer juntos. Puede mostrar el mapa completo. Puede permitir que África aparezca ante el mundo con la pluralidad que caracteriza a cualquier región: con luces, sombras, contradicciones y transformaciones.

No se trata de sustituir malas noticias por historias positivas. Se trata de contar historias completas. De reconocer que un continente de 54 países, dos mil lenguas y millones de vidas simultáneas merece una narrativa más amplia que un conjunto de estereotipos heredados. Se trata de contar África con el mismo grado de matiz, complejidad y respeto con que contamos Europa, América Latina o Asia.

Permítanme cerrar con una imagen. África es un paisaje vasto: ciudades vibrantes, zonas rurales en transformación, ríos, puertos, mercados, desiertos, universidades, centros de innovación, playas, laboratorios, corredores logísticos, espacios culturales, campos agrícolas, megatendencias demográficas, transición energética, economías digitales y millones de vidas en movimiento. Pero demasiado a menudo se la observa a través de una ventana estrecha. El fragmento que entra por la ventana es real, pero no es todo. No

necesitamos cambiar el fragmento; necesitamos abrir la ventana.

Porque cuando la ventana se abre, entra más luz. Cuando entra más luz, cambia la percepción. Cuando cambia la percepción, cambian las decisiones. Y cuando cambian las decisiones, cambia el futuro.

África no necesita indulgencia. Necesita ser vista. Necesita espacio narrativo. Y ustedes, que escriben, investigan, fotografían y narran, tienen la capacidad de ampliar ese espacio. Les agradezco que estén aquí, dispuestos a cuestionar el guion heredado y a abrir la ventana del relato hacia un paisaje mucho más amplio, mucho más complejo y mucho más verdadero.

Muchas gracias.



Biografía: **Carlos Lopes** es economista, originario de Guinea-Bissau. Fue Representante de la Unión Africana para las negociaciones con la Unión Europea (2018-2024) y, en los últimos meses, Representante de la UA para las negociaciones climáticas en la COP30 en Bélem (Brasil). Anteriormente ocupó cargos destacados en Naciones Unidas, incluyendo Secretario Ejecutivo de la Comisión Económica para África y Subsecretario General. Ha formado parte de múltiples comisiones globales sobre clima, desarrollo y gobernanza, y actualmente preside el Consejo de la African Climate Foundation.

En español, pueden encontrarse tres libros suyos en la colección de ensayo Casa África: África en transformación (2019), Cambio estructural en África (2023) y La trampa del autoengaño (2025).